

Consecuencias de un golpe militar

Por RICARDO ADAM Y SILVA

Con los rumores de reducción en la paga y el licenciamiento de muchos alistados, comenzó el desasosiego en las filas, aunque los desmintió la Secretaría de la Guerra. Algunos sargentos — que algún tiempo después me dieron muy amplios informes — organizaron una junta para excluir a la clase de tropa de la depuración, y luego demandaron el uso de guerreras, gorras y polainas como las de los oficiales, y otras mejoras materiales.

Autorizados por dos altos oficiales y convocados por la junta, los alistados de Columbia se reunieron en un cine al aire libre al anochecer del 4 de septiembre de 1933, cuando se adeudaba a las fuerzas armadas la paga de varios meses. Los oficiales fueron sorprendidos, porque esos dos jefes se entendieron con la junta directamente. No hubo debate en la reunión en que los alistados se posesionaban del ejército. Así fue privada de mando la oficialidad profesional.

Consumado el golpe, no había planes posteriores. Pero los civiles que acudieron al campamento, como el asesor de la junta y autor de un libro sobre la Rusia roja, el Directorio Estudiantil de 1930, los del ABC Radical y Pro Ley y Justicia e individualmente otros, le dieron al cuartelazo sin rumbo una dimensión más profunda y radical.

Antes de funcionar la pentarquía, furtivamente, el nuevo jefe visitó al embajador americano; y el 8 de septiembre Washington decidió esperar hasta lograr sus fines. La desnudez ideológica del motín la cubrió el ropaje revolucionario. Sin sospecharlo los estudiantes, su programa sirvió de pantalla a las desbordadas ambiciones de los sediciosos. Pero el orgánico connubio fue fugaz. Tres días después, un golpe de estado interno, de inspira-

Las colaboraciones a Palestra deben estar limitadas a dos cuartillas tamaño carta y ser escritas a máquina, a dos espacios. El material no publicable no será devuelto. Debe incluirse el número telefónico y una nota sobre la identidad del autor. Escriba a Palestra, El Miami Herald, 1 Herald Plaza, Miami, Fla. 33101.

ción sargentil, destruyó la pentarquía, y el Directorio tuvo que disolverse más adelante. El cuartelazo mostraba su faz real. Luego hubo una pausa de cinco meses.

Tras el derrumbamiento de las jerarquías militares y civiles, los sargentos se impusieron como casta dominante, bajo los auspicios del presidente Roosevelt, lo que contrasta con la conducta de los oficiales el 12 de agosto reciente, cuando entregaron el poder a los civiles. No obstante, desde cualquier ángulo que se mire, el golpe septembrino es el punto de partida de una era que, con sus complejidades y claudicaciones, llevó a cabo en el país una transformación total.

Los veteranos de la guerra de la independencia perdieron su influencia, desconocidos, para dar paso a la nueva clase revolucionaria. Salvo pocas excepciones, los políticos desaparecieron de la escena. Su proscripción fue corta y volvieron a las andadas juntos con los nuevos de la ola revolucionaria. Y se reprodujeron los males del pasado, pero en mayor escala. El país nunca logró ver en acción la pureza prometida solemnemente por los catones nuevos de 1933. Es extensa la lista de los millonarios septembristas, civiles y militares, con el más rico de los cubanos de todos los tiempos a la cabeza.

En el campo militar la cosa fue peor, porque hubo impunidad en todos los niveles du-

rante 18 años de ese cuarto de siglo, en dos etapas. La indisciplina fue permanente, pues no la pudieron erradicar los sargentos ascendidos, y las conspiraciones fueron frecuentes hasta los últimos momentos. Imperó el afán de enriquecimiento. Y cuando llegó la hora decisiva, la república estuvo indefensa por la ineptitud de quienes mandaban y la poca voluntad de lucha de los subordinados.

Pero no todo fue desastroso, porque tras muchos sinsabores se promulgó una nueva constitución, la más avanzada y completa del hemisferio, que rigió hasta el nefasto 10 de marzo de 1952, mancillada por otro inoportuno cuartelazo, llevado a cabo por los mismos de 1933, con muy malas consecuencias para las fuerzas armadas. Aunque la moral dejara mucho que desear en ese cuarto de siglo (1933-1958), paradójicamente hubo bienandanzas materiales en lo económico, debidas a la Segunda Guerra Mundial y a la de Corea. Se dio al país una excelente legislación obrera, se pusieron en vigor — antes del 10 de marzo — varias leyes complementarias de la Constitución, y se crearon la banca nacional y el Tribunal de Cuentas.

En conclusión, el cuartelazo clasista, con todas sus contradicciones, es, por sus resultados, el evento más trascendental de Cuba en la primera mitad del siglo. Tiene mucha fuerza histórica la tesis, sostenida por muchos, de que el comunismo cubano es su secuela, pues sin el del 4 de septiembre no hubiera existido el amotinamiento del 10 de marzo, que trajo la guerra civil, ni la condigna rendición incondicional del 1 de enero de 1959, que puso fin a la república.

RICARDO M. ADAM es un escritor cubano, autor de varios libros de historia.